



**Wolfgang Bongers, María José Torrealba,
Ximena Vergara (eds.)**

ARCHIVOS I LETRADOS. ESCRITOS SOBRE CINE EN CHILE: 1908-1940

Cuarto Propio
Santiago, 2011

Reseña de **Eduardo Santa Cruz A.**

La aparición del cine en nuestro país se verificó al interior de importantes procesos de transformación socio-cultural que se vivieron a comienzos del siglo XX y que implicaron la presencia de nuevos formatos y códigos; la reconfiguración de los escenarios públicos y la aparición de nuevas figuras que los protagonizaron y una no menor remodelación de la vida cotidiana.

De esta forma, si en los primeros años el cine todavía constituía una suerte de entretención curiosa que se desarrollaba, en general, al interior de los llamados espectáculos de *variedades*, ya en los años '10 se autonomizó en tanto espacio de entretención social, en el marco de un acelerado proceso de masificación, “primero en ferias y salas improvisadas y precarias, después en salas de teatro y otras actividades culturales, y a partir de 1920 en palacios de cine al estilo norteamericano”, según señala el libro que presentamos. Cabe consignar que el diario *La Nación* consignaba en 1917 la existencia de 31 salas en Santiago, las que llegaron a cuarenta en 1932, cuando en el país ya había 212. Asimismo, poseía el aura de un invento mágico más, junto a la electricidad, el teléfono, el automóvil, la incipiente aviación o los electrodomésticos como heladeras y fonógrafos, indicadores de una nueva etapa de la sociedad moderna que se manifestaba ya en el país.

Lo anterior provocó que tanto en el naciente campo periodístico, cuanto en el ámbito letrado e intelectual, el cine suscitó no solamente su atención, sino un importante grado de reflexión y polémica. La importancia que adquiere el cine en la sociabilidad chilena se expresó en el espacio cada vez mayor que le dedicaron los diarios y la emergentes revistas magazinescas y, sobre todo, en la aparición de revistas especializadas en cine desde 1915. Todos ellos constituyeron el escenario por donde desfilaron

literatos, intelectuales y los nacientes periodistas profesionales. El libro que reseñamos contiene el producto de un inmenso trabajo de recopilación de esas miradas que se manifestaron en artículos publicados en diarios y revistas.

Dichos textos son clasificados por el equipo editor en temáticas distintas, que dan origen a una estructura de capítulos que tienen un artículo introductorio que los presenta. Así, se comienza con la discusión acerca del rol social y cultural que se le concedía al nuevo espectáculo, desde la condena por su eventual carácter de ensoñación evasiva o dañino ejemplo de moralidad, hasta su legitimación por el papel civilizador y educativo que tendría, pasando por su capacidad de expansión y producción de un imaginario social modernizante. Junto a ello, otro capítulo condensa las reflexiones sobre el carácter del espectáculo y su impronta de producto industrial, inaugurando tempranamente en Chile un debate recurrente.

No escapa a este exhaustivo registro los balbuceos de una reflexión sobre los primeros esfuerzos de producción cinematográfica nacional, que en la época del cine mudo llegó a cifras no despreciables de realizaciones, incluyendo éxitos de taquilla como *El Húsar de la Muerte*, estrenada simultáneamente en cuatro salas de la capital y que en un mes de exhibición llegó a 110 mil espectadores. Subyacía a esa discusión el intento de establecer un frágil equilibrio entre el carácter naturalmente cosmopolita del cine y su particularización identitaria, en momentos en que el nacionalismo se constituía, según muchos, en la principal corriente cultural.

Sobre esos temas y otros, como la censura que irrumpe desde los primeros momentos o la naciente crítica cinematográfica que intenta establecer una relación muy marcada por la intención formativa y orientadora con ese público ya masivo, vemos discurrir por el libro la pluma de literatos como Daniel de la Vega, Vicente Huidobro, Salvador Reyes, Raúl Silva Castro o la propia Gabriela Mistral; críticos como Juan Emar o Hernán Díaz Arrieta (Alone); dramaturgos como Antonio Acevedo Hernández o Natanhael Yañez Silva; historiadores y ensayistas como Alberto Edwards y periodistas como Carlos Varas, quien con su seudónimo de *Mont Calm* incursionó también en revistas deportivas y magazinescas o la enigmática figura de Lucila Azagra (directora de una de las más importantes revistas de cine del período, *La Semana Cinematográfica*), seudónimo que como lo

señalan los editores no ha sido hasta ahora develado, sino que ni siquiera asegura el sexo de quien lo usaba. Ello da cuenta también de una particular forma de instalación y una función del intelectual en la dinámica cultural de la sociedad, probablemente contrastante con la realidad actual.

De este modo, el grupo editor ha hecho con su trabajo un muy buen aporte a la acumulación de un conocimiento hasta ahora más bien escaso en nuestro país, sobre nuestra historia cultural, desde el punto de vista de la sociabilidad masiva, en unas décadas donde se echaron las bases para el desarrollo de la industria cultural y la cultura de masas en Chile. No es para nada desdeñable entender muchas de esas lógicas de funcionamiento en un campo cultural en proceso de instalación y especialización como una manera de explicar el presente y prever las tendencias futuras. Entre otras cosas, para ello sirve el libro que reseñamos.